

Franklin R. Ankersmit

HISTORIA Y TROPOLOGÍA ASCENSO Y CAÍDA DE LA METÁFORA

II. El dilema de la filosofía de la historia anglosajona contemporánea (fragmento)

Mi tesis en este ensayo será que la filosofía de la historia anglosajona contemporánea se enfrenta a un dilema y que el futuro de la filosofía de la historia depende de la elección que se tome en última instancia. Evité deliberadamente la palabra *crisis* y empleé *dilema*, pues las dos posturas alternas en este dilema no comparten un pasado común de la forma en que se sugiere con el término *crisis*. En vez de esto, dos diferentes formas de filosofía de la historia, cada una con un antepasado intelectual propio, se oponen entre sí, mientras que tienen muy poco en común. Por tanto, la elección se dará entre dos distintos senderos, más que entre dos bifurcaciones del mismo sendero que todos hayamos seguido hasta ahora.

Los dos lados del dilema pueden describirse de diversas maneras. Podría hablarse tan sólo de una nueva filosofía de la historia en contra de una filosofía de la historia tradicional, o de una filosofía de la historia interpretativa en contra de una descriptiva, o de una filosofía de la historia sintética contra una analítica, o de una filosofía de la historia lingüística contra una crítica o, como lo hace Hans Kellner,¹ de una filosofía de la historia posmoderna en contra de una moderna. Todas estas etiquetas tienen sus ventajas y desventajas, y todas captan algo de verdad. No obstante, por razones que serán evidentes en el curso de mi exposición, prefiero los términos *filosofía de la historia narrativista* contra *filosofía de la historia epistemológica*.

La filosofía de la historia epistemológica siempre ha tenido que ver con los criterios de la verdad y la validez de las descripciones y explicaciones históricas; ha intentado responder la pregunta epistemológica respecto de las condiciones con las cuales nos justificamos para creer como ciertas las declaraciones de los

¹ H. Kellner, "Allegories of Narrative Will: Post-Structuralism and Recent Philosophy of Historical Narrativity", en Kellner, *Language and Historical Representation*, Madison, 1989.

historiadores acerca del pasado (sea singular o general). Por otro lado, la filosofía de la historia narrativista se concentra en la naturaleza de los instrumentos lingüísticos que desarrollan los historiadores para avanzar en nuestra comprensión del pasado. La filosofía de la historia epistemológica se interesa en la *relación* entre las declaraciones históricas y de lo que tratan; la filosofía de la historia narrativista tiende a permanecer en el campo del lenguaje histórico. No debe interpretarse esta situación de modo que la filosofía de la historia epistemológica resulte “realista”, y la filosofía de la historia narrativista, “idealista”; uno de los objetivos principales de la filosofía de la historia narrativista es, de hecho, determinar la distinción entre el lenguaje del historiador y lo que trata, que es lo que implica la antítesis de realismo contra idealismo. Esto puede explicar cuán distintas son en realidad ambas tradiciones y por qué no son mutuamente reductibles. Por último, me apresuro a añadir que gran parte, si no la mayoría, de la historiografía no tiene la naturaleza de relatar una historia; en consecuencia, deben evitarse todas las asociaciones con el acto de relatar un cuento, a que podría dar origen el término *narrativista*. La narración debe asociarse más bien a la interpretación (histórica).

En la primera sección de esta introducción, describiré la tradición epistemológica; en la siguiente, la narrativista; y en la última espero responder la pregunta de cuáles temas rendirán un estudio fructífero en el futuro si se prefiere el enfoque narrativista respecto de su más añoso rival.



Lo que viene

El logro de White puede resumirse de la siguiente manera: Primero, la filosofía de la historia por fin de forma tardía, se sometió a su giro lingüístico y formó parte de la escena intelectual contemporánea. Segundo, se abandonó el énfasis en la explicación y la descripción - legado de la fase positivista- en aras de la concentración en la interpretación histórica. Tercero, la fijación en los detalles de los estudios históricos se sustituyó con un interés en la totalidad de una obra histórica y la conciencia de que lo que requiere la mayor atención del filósofo de la historia se encontrara sólo en ese nivel. Cuarto, puesto que el lenguaje narrativo lógicamente es una cosa, y las cosas no mantienen relaciones epistemológicas, se descarta el paradigma epistemológico. Quinto, la dicotomía tradicional de la visión epistemológica tradicional, al contrastar las cosas en el pasado con el lenguaje del historiador, ya no tiene significado ni justificación. Sexto, el problema tradicional de seleccionar lo que debe decirse y lo que no

debe decirse acerca de un tema histórico se replantea como un problema de estilo. Se reconoce que el estilo no es un mero idioma de la escritura histórica: el estilo no se refiere sólo a la *forma* sino también a la *sustancia* de la historiografía, para decirlo en palabras de Peter Gay.² Y séptimo, se evita el antihistorismo de la tradición epistemológica ya que la peculiaridad del pasado ya no se reduce a las cómodas certidumbres incluidas en las leyes aclaratorias, en declaraciones *nórmicas* (Scriven) o en los principios de la filosofía de la acción.

Desde esta perspectiva, pueden y deben hacerse algunos comentarios sobre el reciente libro *Tiempo y narración*, de Ricoeur. Quizá ningún libro en el campo de la filosofía de la historia desde la segunda Guerra Mundial tenga mayor riqueza de aprendizaje, una evaluación más imparcial de lo que se ha hecho hasta ahora o un mayor talento para sintetizar tradiciones distintas y heterogéneas. Este libro magistral es un hito en la filosofía de la historia y todo aquel que se interese en la narrativa tendrá que estudiarlo detenidamente. Hay en el libro de Ricoeur dos conocidas tesis whiteanas. Ricoeur también cree que la narración histórica es en esencia metafórica. Y cuando analiza lo que llama *mímesis* (término poco afortunado, pues sugiere todo lo que la narrativa encontró siempre objetable en la tradición epistemológica), Ricoeur destaca, como lo hace White, la autonomía del lenguaje del historiador respecto del pasado real. Sin embargo, de ahí en adelante, Ricoeur queda muy a la zaga de White; en ningún momento estas dos ideas inducen a Ricoeur a investigar el lenguaje del historiador. Es como si hubiésemos descubierto un mundo nuevo, pero no se nos permitiera quitarnos una venda de los ojos. Es muy característico que Ricoeur omita por entero la teoría de los tropos en su exposición de la narrativa de White. Aunque profesa explícitamente estar consciente de la injusticia que comete contra White, el resultado inevitablemente es que las posturas de éste se transforman ahora en un cuerpo sin corazón.³

Me parece que pueden darse dos razones de la tendencia de Ricoeur de regresar de la tradición narrativista a la tradición epistemológica. Primera, para Ricoeur *la narración* "alcanza su significado completo cuando se convierte en una condición de la existencia temporal".⁴ El tiempo es parte de la vida conforme la viven los individuos, y ese hecho debe manifestarse en la narración del historiador. Ésta es otra razón del rechazo de Ricoeur de la visión de Mink, según la cual la interpretación del pasado por parte del historiador es siempre una mirada conjunta y no una revisión *sucesiva*

² P. Gay, *Style in History*, Londres, 1975, p. 3.

³ P. Ricoeur, *Time and Narrative*, Chicago, 1983, p. 163. [Versión en español: *Tiempo y narración*, Madrid, Cristiandad, 1987.]

⁴ *Ibíd.*, p. 52.

de las fases separadas de un desarrollo histórico.⁵ De aquí la tendencia de Ricoeur a atar la narración histórica al pasado de la manera en que la tradición epistemológica sugirió siempre. Segunda, sin duda a causa de sus antecedentes fenomenológicos, Ricoeur desea encerrar firmemente la narración histórica dentro de los confines de la perspectiva del agente histórico individual. Es en particular ilustrativo a este respecto el profundo respeto con que Ricoeur analiza *Explanation and Understanding*, de Von Wright, a lo largo de su obra, cuando la mayoría de los filósofos de la historia no clasificarían de ninguna manera el libro de Von Wright como narrativista. En ambos casos, el resultado es que se le cortan las alas a la narración. Esta tendencia se manifiesta también en la propuesta de Ricoeur de redescubrir los aspectos del pasado que no se reducen con facilidad a un enfoque realista o antropomórfico en términos de "cuasipersonajes", "cuasitramas" o "cuasihechos" (así aborda, por ejemplo, la *longue durée* de Braudel). De este modo, Ricoeur intenta neutralizar el peso relativista de la historiografía, ofreciendo imágenes panorámicas de grandes porciones del pasado.

Cuando afirmo que la narración de White está mucho más desarrollada que la de Ricoeur, no me refiero a que el sistema de White no pueda mejorarse. Esto se hace evidente si consideramos los recientes avances, en filosofía de la ciencia como nuestros antecedentes a fin de medir el progreso de la filosofía de la historia. También aquí las posturas de Rorty son muy ilustrativas. Su libro fue en esencia un ataque a la tradición epistemológica desde Descartes. Este ataque tuvo una dimensión tanto histórica como teórica. Históricamente, puede demostrarse que las preocupaciones epistemológicas no surgieron antes del siglo XVII. Antes de esa época, la epistemología no tenía valor para la filosofía, puesto que Descartes elaboró por primera vez la noción moderna de la mente como un *forum internum* en el cual se reflejaban las verdades acerca del mundo (y acerca del yo físico).⁶ Para Aristóteles, y dentro de la tradición aristotélica, ver era saber y no un mero dato para este *forum internum* de la mente consciente.⁷ Donde los aristotélicos se conformaban con sólo el mundo y nuestro conocimiento del mundo, la epistemología cartesiana introdujo esta tercera noción de un *forum internum*, en el que el mundo se refleja a sí mismo, y cuya suave superficie examinamos para adquirir conocimiento. La epistemología se dio a la tarea de salvar la brecha que se creó inadvertidamente cuando el sujeto consciente abandonó la realidad por este *forum internum*. Con gran agudeza y talento para separar el pasado de su codificación republicana que todos aceptábamos, Rorty demostró con éxito por qué este postulado cartesiano de un *forum internum* debía

⁵ *Ibíd.*, pp. 155 y ss.

⁶ Rorty, *Mirror*, p. 50.

⁷ *Ibíd.*, p. 45.

verse como la cuna de la filosofía moderna, de la epistemología y de la filosofía de la ciencia moderna. Desde Descartes, todos los filósofos estuvieron de acuerdo en que este *forum internum* -cuyas operaciones se creía se podían declarar con claridad- era el único santuario de toda verdad y razón. Sólo aquellas creencias que estuvieran de acuerdo con las reglas y la jurisprudencia producto del *forum internum* contaban como conocimiento. Por supuesto, la filosofía crítica de Kant fue el apogeo de esta evolución en la filosofía occidental. De aquí la peculiar inferencia tan característica de la mayor parte de la filosofía occidental desde la Edad Media, del conocimiento de la *mente* (del yo trascendental) al conocimiento que tenemos de la *realidad*.

Sin embargo, Rorty no se conformó con demostrar sólo que nuestra confianza en la epistemología y la filosofía de la ciencia no era más que un accidente histórico. La mayor parte de su libro se dedica a demoler (por medio de argumentos que extrae de las obras de Wittgenstein, Quine, Davidson y Kuhn) esta noción de un *forum internum* ahistórico como depositario de la verdad. Demuestra que si se eliminara todo el lenguaje mentalístico que se derivó de la aceptación del concepto del *forum internum*, no se perdería nada esencial.⁸ En consecuencia, la epistemología como la entendemos es una empresa intelectual cuya misma *raison d'être* es incierta -por decir lo menos-, y Rorty nos insta a que la reemplacemos con lo que llama *conductismo epistemológico*. Es decir, los problemas que se refieren a la relación entre lenguaje y realidad no deben transformarse en problemas que se refieran a los mecanismos de nuestras mentes; sólo se resuelven al descubrir lo que en realidad creemos y las razones que tenemos para hacerlo. En resumen, los problemas que intentaron resolver los epistemólogos sólo se resolverán al ver los resultados de la investigación científica; la manera en que el lenguaje se relaciona con la realidad no es una cuestión epistemológica, sino científica. Y Rorty no vacila en ridiculizar la absurda afirmación por parte de los filósofos de que tienen tanto el deber como la capacidad de “fundar” las ciencias.

Sin embargo, esto es sólo una parte de la historia, pues debemos estar conscientes de que cada disciplina tiene su fantasma filosófico favorito. Para las ciencias, este fantasma filosófico no es la epistemología, sino la metafísica. Tanto las ciencias como la metafísica dicen que investigan la naturaleza de la realidad y, por tanto, son rivales naturales. La metafísica, y no la epistemología, ha padecido la peor parte del desarrollo de la ciencia moderna. Se toleró a la epistemología como pasatiempo inofensivo y sin importancia de filósofos ociosos. En la historiografía, por otra parte, el caso es el contrario. Los historiadores están en posibilidad de ser indiferentes ante las investigaciones metafísicas de la naturaleza elemental del pasado. Del mismo modo que la epistemología -según la postura

⁸ *Ibíd.*, cap. 2.

rortyana- es la respuesta del filósofo a lo que es en esencia una pregunta científica, las filosofías especulativas de la historia son la manera que tiene el filósofo de abordar los problemas del historiador. Sin embargo, la epistemología del MLA y la hermenéutica analítica, por ejemplo, en verdad tienen la capacidad de descarrilar el escrito histórico. Que el triunfo de la hermenéutica analítica significaría el fin de la historiografía como la conocemos no necesita mayor reflexión. Por tanto, Gadamer estaba en lo correcto cuando vio en el *método*, más que Hegel o Marx, el enemigo más serio de la *Geisteswissenschaften*. En consecuencia, la condena que hace Rorty de la epistemología en ningún lugar es más pertinente que en el caso de la historiografía.

Desde esta perspectiva, quizá se considere un defecto de la filosofía de la historia de White que aún no se libere por completo de los matices epistemológicos “fundacionales”. El mismo White reconoció la naturaleza kantiana de algunas de sus ideas, y es innegable que la función que asignó a los tropos es muy parecida a la de las categorías kantianas en la síntesis del conocimiento. Por otro lado, puesto que White no es muy franco acerca del lugar y la manera en que los tropos afectan nuestra comprensión del pasado (véase más atrás), quizá sea difícil dar mucho crédito a la afirmación de que la tropología de White es otra variante de la epistemología fundacional. Además, su tesis -si la presionamos lo suficiente- de que cada tropo dará paso a otro refuerza la naturaleza puramente lingüística y no epistemológica de los tropos. Sin embargo, de cualquier manera que la consideremos, la idea de que hay en esencia sólo estas cuatro formas de representar el pasado nunca perderá su menos afortunado círculo “fundacional”.

Llegamos ya a un punto privilegiado desde el que podemos echar una mirada al panorama nebuloso del futuro de la filosofía de la historia. De ahora en adelante deberemos resistir con firmeza la tentación de la metáfora cartesiana de la *esencia cristalina* del sujeto consciente o del lenguaje que emplea. No vemos la realidad (pasada) a través del lenguaje; el lenguaje del historiador no es un medio que desee borrarse a sí mismo. Culler declaró con vigor este punto: la filosofía y la ciencia, con su pretexto epistemológico, siempre “pretendieron poner fin a la escritura”.⁹ Se creía que, si se resolvía un problema, escribir sobre él lo finiquitaría; al ver *a través* de la escritura y el lenguaje, observamos ahora los mecanismos mismos de la naturaleza y la realidad. En especial en la historiografía, esta imagen es por completo engañosa. En la historiografía, “paradójicamente, mientras más poderosa y autorizada sea una interpretación, más escritos generará”.¹⁰ Los grandes libros en el área de la historia de la

⁹ J. Culler, *On Deconstruction: Theory and Criticism after Structuralism*, Londres, 1983, p. 90.

¹⁰ *Ibíd.*

historiografía, las obras de Ranke, Tocqueville, Marx, Burckhardt, Huizinga, Meinecke o Braudel no ponen fin al debate histórico, no nos hacen sentir que por fin sabemos cómo fueron las cosas realmente en el pasado ni que en última instancia hayamos obtenido una claridad al respecto. Al contrario: estos libros resultaron los más poderosos estimuladores de la producción de *más* escritos; su efecto es así apartarnos del pasado, en lugar de colocarlo en una especie de pedestal en un museo historiográfico para que lo podamos inspeccionar desde todos los ángulos posibles.

El texto histórico de verdad interesante no “se destruye a sí mismo” (al retirar un tema de la lista de problemas históricos), sino que tiene una relación *metafórica* consigo mismo. Puesto que estimula más escritos, hay un sentido en el que, igual que una metáfora, no significa lo que dice literalmente. En esta conexión, Derrida empleó las palabras *différance* e *intertextualidad*. La tesis de Derrida de que los textos pueden diferir de sí mismos (característica de lo más peculiar, que hace que Derrida prefiera el término *différance* respecto de la palabra francesa normal *différence*) de hecho puede ilustrarse mejor por medio de textos históricos. Como ya he señalado en otra parte, si tenemos sólo una interpretación histórica de algún tema histórico, no tendremos interpretación.¹¹ Una manera interpretativa de ver el pasado sólo puede reconocerse como tal en presencia de *otras* formas de ver el pasado. Las interpretaciones narrativas se definen mutuamente entre sí y, por tanto, deben su identidad a sus relaciones *intertextuales*.

En consecuencia, sólo se puede obtener un punto máximo de claridad en la historiografía gracias a una *proliferación* de interpretaciones históricas y no al intentar *reducir* su cantidad. La historiografía, por tanto, nunca puede darse el lujo de desatender su pasado; incluso las interpretaciones del pasado que rechazamos en el presente deben ser recordadas para definir la identidad de las interpretaciones que ahora preferimos. La tesis de la proliferación también nos pide que respetemos el carácter único y la *différance* de cada interpretación histórica. Por consiguiente, estaría en desacuerdo con la propuesta de White de categorizar las interpretaciones narrativas por medio de los cuatro tropos. Además, esta propuesta tiene una desventaja práctica. Al calor del debate teórico, no debemos olvidar que los datos históricos (nuevos) a veces logran desacreditar ciertas interpretaciones históricas. Como vimos, en el análisis de White hay una tendencia quizá involuntaria de sugerir que la controversia histórica es puramente lingüística. Y eso sería ir demasiado lejos. Aquí debemos tener en mente dos cosas. Primera, que las interpretaciones narrativas son los instrumentos -objetos lingüísticos que crean los historiadores para dotar de sentido a una

¹¹ Ankersmit, *Narrative Logic*, p. 239.

parte del pasado. Con seguridad, el debate acerca de los méritos y defectos de las interpretaciones históricas es un debate acerca de estos objetos *lingüísticos*. Sin embargo, no debemos olvidar que son siempre los datos históricos que menciona el historiador lo que los hace los objetos que son. Segunda, la sucesión de interpretaciones metafóricas a interpretaciones metonímicas, de interpretaciones metonímicas a interpretaciones sinecdóquicas y así sucesivamente no pueden ofrecernos criterios para un éxito interpretativo. Esto no sucede porque se trate de un criterio equivocado, que deba remplazarse con uno mejor, sino sólo porque cada interpretación histórica es en sí misma un criterio para un éxito interpretativo. Cada interpretación histórica puede tomarse como si significara: “Si ve el pasado desde esta perspectiva, ésta es su mejor garantía para comprender una parte del pasado”. Cada interpretación histórica es en esencia la propuesta de un criterio cuyos requerimientos deben satisfacerse si deseamos entender una parte del pasado.

Pero White podría objetar que no hay criterios para estos criterios. No lo creo así, pues asumo que estos dos conjuntos de criterios inevitablemente se unirán. Será imposible satisfacer el conjunto más elevado de criterios sin satisfacer el inferior, y viceversa. No tiene sentido la sugerencia de que una interpretación es sólida en un nivel y no en otro (obviamente, aquí no hablo de las *diversas* partes *separadas* del pasado que se interpreta, sino de *una y la misma* parte del pasado). Por tanto, la historiografía no conoce criterios interesantes y generalmente aplicables para distinguir entre interpretaciones satisfactorias e insatisfactorias. (Empleo de manera deliberada la frase “criterios interesantes”, pues será obvio que el historiador no debe, por ejemplo, malinterpretar sus fuentes y debe evitar la clase de errores en lógica que Fischer nos hizo ver).¹² Todo lo que tenemos es esta interacción intertextual entre las narrativas históricas que tenemos sobre algún tema. De este modo, si esos criterios pueden encontrarse en *todas* partes, entonces es en *este* conjunto de narraciones históricas donde realmente han sido escritos sobre el tema. Fuera de estos conjuntos, no hay criterios interesantes, generales o específicos, para una certidumbre y una validez interpretativas. Es obvio que yo haya repetido aquí, desde una perspectiva diferente, el rechazo rortyano ya conocido del fundacionalismo epistemológico. La historiografía es en sí la fuente de sus propias certidumbres interpretativas y no el resultado de la aplicación de algún conjunto previamente dado de tales certidumbres. Igual que un dique cubierto de témpanos flotantes al final del invierno, el pasado se cubrió de una gruesa corteza de interpretaciones narrativas, y el debate histórico se refiere tanto a los componentes de esta corteza como al pasado que se oculta bajo ella.

¹² D. H. Fischer, *Historians' Fallacies*, Londres, 1971.

El fracaso más notorio de la filosofía de la historia epistemológica antes de White fue ignorar esta gruesa capa de interpretaciones narrativas. Se perdió de vista el hecho de que el desacuerdo histórico no sólo concierne al pasado en sí, sino también a los objetos lingüísticos que crearon los historiadores para comprender el pasado. Nunca se planteó la pregunta más interesante respecto de la historiografía: la de por qué los historiadores prefieren una interpretación de un tema histórico *específico* (la pregunta no debe generalizarse) a otro. Es como si los filósofos de la ciencia nunca hubieran buscado abordar el crecimiento del conocimiento científico y se hubieran limitado al problema de cómo cerciorarse de los datos individuales sin poner atención a la formación de la teoría y los conceptos. Si hay algo en la historiografía que sea análogo a la formación de la teoría en las ciencias, es la interpretación histórica y no la descripción o explicación de los hechos históricos individuales (que tanto interesaban a la tradición epistemológica).

La similitud entre la interpretación en la historia (que a menudo da como resultado la introducción de un concepto nuevo, como *manierismo* o *guerra fría*) y la formación de conceptos y teoría en las ciencias puede incluso resultar una guía útil para resolver problemas en la filosofía de la ciencia. En un artículo brillante, MacIntyre sostuvo que en los cambios del paradigma kuhniano, el paradigma preferible es el que nos permita relatar la historia más convincente de la parte de la historia de la ciencia que dio origen al cambio de paradigma.¹³ Se puede conjeturar que al menos algunos de los problemas que desconciertan a los filósofos de la ciencia contemporáneos, como la formación de conceptos o la inconmensurabilidad de las teorías científicas, se pueden demostrar *ad oculos* viendo lo que sucede en el debate historiográfico. La clase de debates que encontramos en la historia de la ciencia durante esos relativamente escasos periodos de revolución científica son endémicos en la historiografía. Más aún, hay algunas semejanzas sorprendentes entre la tesis narrativista de la autonomía del lenguaje histórico respecto del pasado y las interpretaciones modelo-teóricas e instrumentalistas de las teorías científicas desde Ramsey. Las relaciones entre la historia y la ciencia pueden estudiarse, así, desde un punto de vista mucho más gratificante e interesante que el que sugieren los teóricos del MLA. Se observa aquí una paradoja curiosa e incluso deprimente. ¿Quién no estaría consciente de la profunda medida en que la filosofía de la ciencia se ha historicizado desde Kuhn? De una manera o de otra, los filósofos de la historia se las han ingeniado para ignorar por completo este cambio de frente en la filosofía de la ciencia. Por extraño que resulte, la filosofía de la ciencia contemporánea es mucho más

¹³ A. MacIntyre, "The Relationship of Philosophy to Its Past", en R. Rorty, J. B. Schneewind y Q. Skinner (coords.), *Philosophy in History*, Cambridge, Inglaterra, 1984, pp. 31-49.

historista que la filosofía de la historia, con la excepción, por supuesto, de la tradición narrativista antiepistemologista desde White.

Éste es el dilema de la filosofía de la historia contemporánea. ¿Continuará la filosofía de la historia su tradición epistemologista clásica, o está preparada para investigar la clase de problemas filosóficos que se describieron en este ensayo? Si la filosofía de la historia se conforma con convertirse en un extraño fósil positivista en el mundo intelectual contemporáneo en los siguientes cuatro años, por supuesto que permanecerá epistemologista. Sin embargo, si los filósofos de la historia tienen el valor de sacudirse su propio pasado y albergan un deseo sincero de contribuir a entender mejor no sólo la historiografía sino también los problemas que se debaten hoy en día en otras disciplinas filosóficas, no podrán evitar convertirse en narrativistas.